



REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

**SUMARIO**

NUESTROS GRABADOS.—EVANGELISTA Y APOSTÓLICA, por Fabricio.—ENTRE LAS OLAS, por don Rafael Trillo de Merelo.—EL REGIDOR (*conclusion*), por don Carlos Coello.—EL TIEMPO, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: PREPARATIVOS TEMIBLES, cuadro por W. de la Guardia.—UNA PARTIDA DE CARTAS, cuadro por M. Lovatti.—EL ÚLTIMO ÓMNIBUS, cuadro por J. Luis Pellicer.—MARIETTA, cuadro por E. Hubner.—IGLESIA DE SANTA MARÍA EN STUTTGART.

**NUESTROS GRABADOS**

**PREPARATIVOS TEMIBLES, cuadro por W. de la Guardia**

¡Dichosa edad, y dichosos tiempos aquellos, cabe decir con el príncipe de los ingenios, en que la perspectiva de un baile preocupa á las niñas, ni más ni menos que la expectativa de una guerra inminente preocupa á las potencias de primer orden!

Y el caso no es para ménos, que, despues de todo, no siempre se resuelven á cañonazos las cuestiones *de estado*, y no hay más razon para que un general experimentado pase revista del armamento de sus soldados, que para que unas señoritas que han de librar una batalla á presuntos novios dejen de pasar revista á sus naturales armas de combate.

Las futuras *mantenedoras* del campo son, en nuestro cuadro, tres agraciadas jóvenes, ciertamente favorecidas por la naturaleza. Pero el adalid más confiado en sus propias fuerzas, no desdeña la proteccion de una coraza milanese ni el auxilio de una hoja toledana. A tenor de cuyo principio nuestras damiselas buscan en el arsenal de las gasas, los encajes y las flores, una armadura que, ¡raro ejemplo! más que de defensiva, de ofensiva tendrá las condiciones.

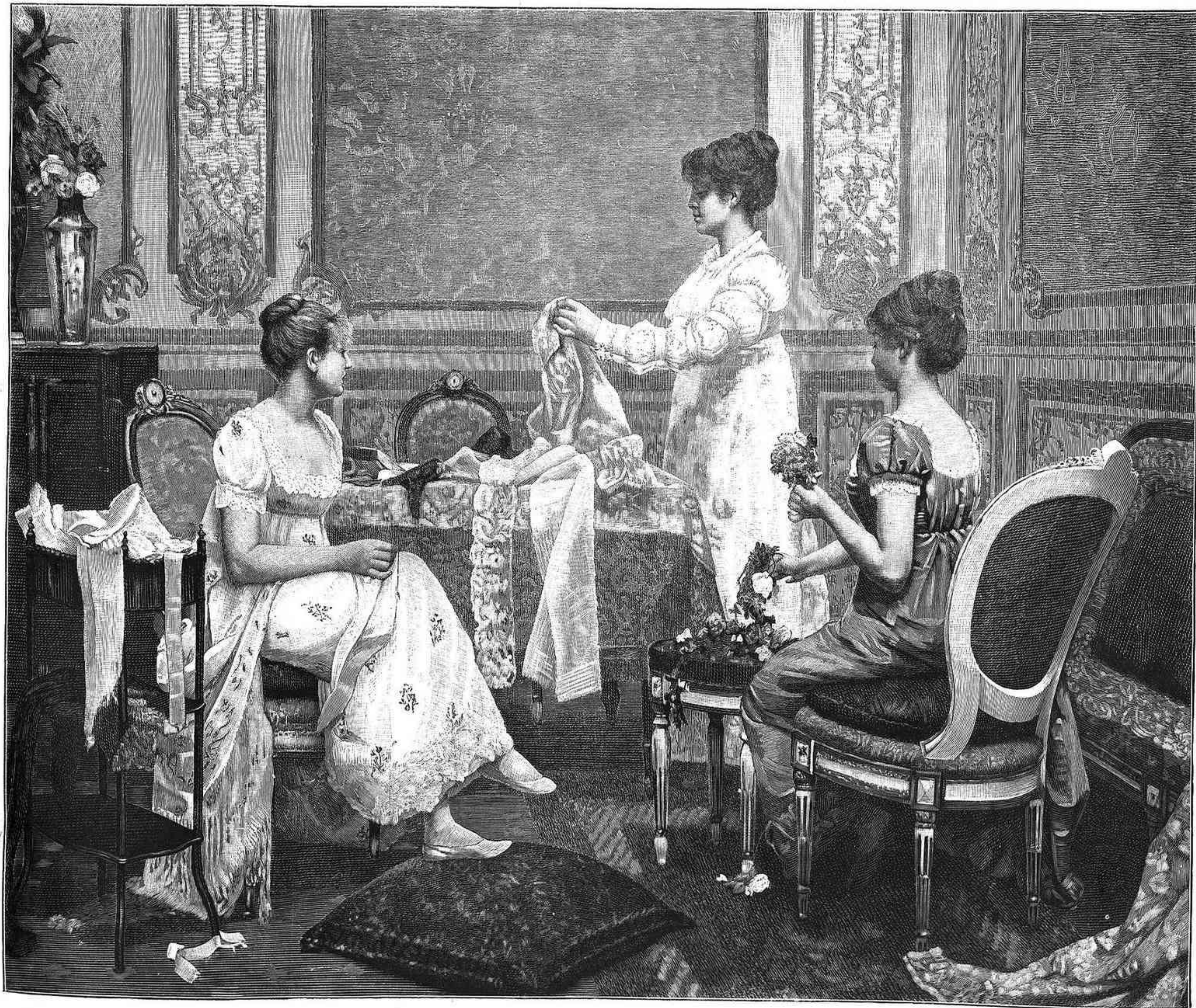
Si hay quien se atreva á romper... una gavota con semejantes enemigos, habrá de experimentar, mal de su grado, las funestas consecuencias de una herida siempre

grave, pues se contrae al corazon. Para tales catástrofes un solo bálsamo se conoce, y no siempre eficaz. Se expende en la vicaría y algunas veces surte efecto contrario.

**UNA PARTIDA DE CARTAS cuadro por M. Lovatti**

Este cuadro parece ser una crítica de las costumbres de ciertas clases, allá por el siglo xvii. En una taberna italiana, mejor diríamos en una bodega, cuyo único adorno es la gentil doncella, maritornes de aquel lugar, se ha empeñado una partida de juego entre un mendicante más entendido en barajas que en teología y moral, un hombre de armas tan desaliñado de cuerpo como de alma, y uno de esos entes ridículos y repugnantes, desdoro de la humanidad, á quienes llamábase locos ó bufones y cuyo oficio indecoroso consistia en hacer reir á sus dueños, merced á un cúmulo de bromas pesadas ó de groseras alusiones personales.

Recomiéndase este cuadro por el oportuno agrupa-



PREPARATIVOS TEMIBLES, cuadro por W. de la Guardia

miento de las figuras y por la expresion de los semblantes, entre los cuales son notables el del loco, la moza y el viejo capitan que presencia el empeño, sin tomar parte en él, como socarron muy curtido.

#### EL ÚLTIMO ÓMNIBUS, cuadro por J. L. Pellicer

Este cuadro es un verdadero artículo de costumbres: Larra no lo escribiría con mayor naturalidad que su autor lo ha pintado. La escena tiene lugar en París: un honrado matrimonio, con el apéndice de un hijo menor, se han permitido ir de visita á casa de unos amigos, sin contar con la huésped. Esta huésped de París en invierno es la nieve, la lluvia, el viento, el frío, que se desencadenan frecuentemente en la capital de Francia, sobre todo cuando sus vecinos se dan el tono de pasar la noche en casa ajena. No sabemos en qué consiste, pero no es ménos cierto que las explosiones del mal humor del tiempo nos pillan casi siempre en la calle y á buena distancia de nuestro domicilio. ¡El tiempo suele tener bromas muy pesadas!..

Bien es verdad que cuando nuestro matrimonio y su apéndice se decidieron á dejar lo cierto por lo dudoso, contaron con el servicio de los omnibus, que son el gran recurso de los parisienses obligados á tomar en cuenta los céntimos de su presupuesto extraordinario de gastos. Pero con los omnibus ocurre lo que con el crédito, que se puede disponer de él mientras no hace falta. Sucédales á Vds. alguna vez hallarse en el arroyo de una calle con agua al tobillo, y no ha de circular vehículo alguno que no ostente á popa y proa, el terrible completo; que es como si dijéramos: paciencia y hasta otro, en que ocurrirá lo mismo. ¡Bonito planton para un matrimonio y su apéndice!

Tal es el asunto del cuadro; á bien que no necesita explicaciones: su autor ha estado tan en lo verdadero que huelgan comentarios.

#### MARIETTA, cuadro por E. Hubner

El autor ha reproducido el tipo de una de esas muchachas del campo, pobre, desvalida, por quien nadie se interesa y que, por colocar sus afectos en algo, acaba siendo la amiga de las aves del corral.

Hemos conocido á muchas Mariettas tan miserables, tan desgreñadas, tan solitarias como la de nuestro cuadro. Como objeto de inspiracion no nos han parecido muy á propósito: forzosamente su realismo ha de ser poco simpático.

#### IGLESIA DE SANTA MARÍA EN STUTTGART

Es el Wurtemberg un pequeño reino que, cual otro de tantos rios tributarios, forma parte del mar grande conocido por imperio de Alemania. Stuttgart es la pequeña corte de ese pequeño reino, mas se engañaría, ciertamente, quien se formara de esa ciudad la idea que la calidad de corte parece llevar consigo.

La capital del Wurtemberg es poblacion bastante antigua, habitada por más de cien mil almas y que, con ser residencia de un monarca, carece de grandiosidad, así en conjunto como en detalle. Tiene, á pesar de todo, bellos arrabales que constituyen su parte nueva, y algunos edificios más vastos que imponentes. Una de las pocas excepciones de esa regla es la iglesia de Santa María, de estilo gótico bastante puro, como son la gran mayoría de las construcciones religiosas de Alemania. Hay que confesar, en honor á la verdad, que el arte católico se sostiene á considerable altura en ese imperio, cuyo dueño, propiamente hablando, no comulga en la religion de Roma. Díganlo las catedrales de Colonia y de Estrasburgo, dos joyas de la arquitectura gótica, la primera de las cuales es, sin disputa, el más completo, colosal y bello monumento del género ojival.

Santa María de Stuttgart no puede compararse, verdaderamente, á ninguno de esos templos, pero es un bello ejemplar del arte cristiano, ante el cual así el artista como el devoto se elevan á la contemplacion de esas alturas, de donde surgen el sentimiento de Dios y el sentimiento del arte.

#### EVANGELISTA Y APOSTÓLICA

##### I

El baile de boda habia llegado á su mayor punto de animacion.

Facunda, la jóven desposada, estaba tan preciosa con el traje propio de su nuevo estado que mal año para todas las muchachas de veinte leguas á la redonda.

Sin embargo, á veces nublaba sus ojos un velo de tristeza y miraba con inquietud hácia el hueco de un balcon, en donde hacia largo tiempo se hallaba sentado y casi inmóvil, Mateo, su compañero de la niñez.

Durante el bullicio de un rigodon, se aproximó á él y le dijo:

—¿No bailas, Mateo?

—Sí, para bailar estoy yo!

—¿Qué tienes?

—¿Y me lo preguntas, ingrata? Lo has olvidado todo y me has abandonado por un hombre viejo y achacoso y que te hará desgraciada.

—¿Y qué habia de hacer? tengo ya diez y nueve años; mi familia me apremiaba; cuando te indiqué mi matrimonio, tú te callaste y...

—¿Qué habia de hacer? te digo yo á mi vez, ¿cómo competir con ese estúpido de D. Lucas, que tiene tres

cortijos y dos ganaderías? Tu familia me hubiera mandado á paseo.

—Pero yo no.

—¿Luego me amas todavía?

Facunda por toda respuesta se echó á llorar.

—Afortunadamente,—repuso Mateo,—mi madre ha obtenido para mí una plaza de guardia marina. Dentro de ocho dias estaré embarcado.

—¿Te vas?

—Sí, me voy al Pacífico y Dios quiera que no vuelva.

Facunda prorumpió en sollozos que no podia reprimir; algunas parejas suspendieron el rigodon y se acercaron á ella; el pianista que tocaba se detuvo en la tercera nota de una escala cromática.

La novia se habia desmayado en brazos de su madre.

El novio estaba atortolado.

Y con motivo de aquel incidente, el baile de boda terminó desfilando los concurrentes como en un funeral cuyo duelo se despide en la iglesia.

##### II

Tres años despues, una tarde, Facunda estaba sentada á la puerta de su hermosa casa de la alameda de Hércules.

Un elegante alférez de navío dobló la esquina que formaba el edificio y se acercó apresuradamente á Facunda.

Esta al verle se puso en pié, reprimiendo una exclamacion.

—¡Facunda!

—¡Mateo! ¿Tú en Sevilla?

—Sí, Facunda. No he podido resistir al deseo de volverte á ver. Mi buque está anclado en Cádiz, he pedido permiso, y aquí me tienes para decirte que ni los años, ni los viajes, ni las vicisitudes, ni nada en el mundo, pueden conseguir que me olvide de tí. Cada dia te amo más, cada vez...

—¡Calla!—interrumpió Facunda, mirando con inquietud hácia el interior de la casa.—¡Si te oyese mi marido!

—¿Cómo ha de oirme, á ménos que Dios haya hecho un milagro? Don Lucas es sordo como una tapia.

—Era sordo, es verdad, pero... no se trata de él.

—¿Qué quieres decir?

—Lucas ha muerto,—dijo Facunda bajando los ojos.

—Luego, ¿se trata de otro marido?

—¿Qué querias que hiciera, Mateo? Quedé viuda jóven y con familia... un sobrino de mi difunto me pretendió.

—¡Ah!

—¡Si yo hubiera sabido dónde escribirte!

—Tienes razon, Facunda, la culpa es mia; la ausencia será mi castigo; dentro de dos dias me hago á la vela para Filipinas.

—Pues bien, Mateo, puesto que te vas, puedo decirte...

—¿El qué? prosigue, ¿por qué te interrumpes?

—Puedo decirte... que á nadie he querido más que á tí.

—¡Facunda!

—¡Mateo!

—Mira, Facunda, si es cierto que me amas...

—Habla bajo.

—Si es cierto que me amas, vas á hacerme una promesa.

—¿Cuál?

—El mundo da muchas vueltas; tal vez vuelvas á enviudar...

—¡Ah!

—Escribeme á Madrid, al ministerio de Marina; desde allí me enviarán la carta á donde me halle, ¿me lo prometes?

—Te lo juro.

—¡Facunda!

—Vete, oigo toser á mi marido y mis niños vienen del colegio; que no te vean.

##### III

Han transcurrido nueve años.

Con motivo de la sublevacion de Filipinas y de las guerras de Joló y Cuba, Mateo, en un solo viaje, habia tocado de pasada en las costas de España, permaneciendo una larga temporada en el apostadero de la Habana y la mayor parte del tiempo restante costeano las Filipinas ó de estacion naval en la bahía de Twi-Tawi, en donde sufrió una penosa enfermedad que le duró siete meses.

No obstante la promesa hecha por Facunda, el enamorado marino no habia recibido carta de ella, lo cual se explicaba de dos modos diferentes: ó la carta ó cartas no llegaron á su destino por causa de la lejanía y de la dificultad de comunicaciones en aquellos remotos países, ó Facunda le habia olvidado, ó tal vez, siempre casada y feliz, creyó excusado escribirle, no teniendo nada satisfactorio que comunicarle.

Mateo se inclinaba á esta última hipótesis.

Mateo era ya un hombre maduro, puesto que tenia la edad de Cristo, treinta y tres años, y sin embargo, no habia podido arrancar de su corazon el enamorado recuerdo de Facunda y las memorias de su infancia y de su juventud.

Habiendo pasado la flor de esta en países en los que las mujeres tienen tan buenos ojos y son tan atractivas, no es posible asegurar que no hubiese tenido algunos amores volanderos, pero como episodios del poema de la pasion que por la linda sevillana sentia.

Ascendido á capitan de fragata y viéndose sin familia,

por la muerte de su madre, el pundonoroso marino se dedicó exclusivamente á cumplir sus deberes, resignándose á aquella vida sin goces y sin aficciones.

A principios del año de 1879, hallándose en Manila con su buque, recibió orden de trasladarse á la península, y se hizo á la vela para Barcelona, á donde llegó sin novedad y en donde le esperaba una tan feliz y tan inesperada que hizo latir todas las fibras de su corazon.

En la direccion de Marina le entregaron una carta.

Aquella carta era de Facunda.

##### IV

Antes de leerla miró la firma y un desvanecimiento nubló sus ojos.

Ya más repuesto leyó la fecha y no pudo pasar más adelante: la carta estaba fechada en la Habana.

Su sorpresa se sobrepuso á su impaciencia. Facunda, á quien habia dejado en Sevilla, casada con un propietario de la localidad, le escribia desde Cuba; ¿qué habia sucedido?

Despues de este involuntario paréntesis leyó la carta con avidez.

«Querido é inolvidable Mateo: Hace cinco años, despues de previos informes en el ministerio de Marina, te dirigí una carta á la cual no he tenido contestacion.

«Sé que vives y que has ascendido en tu carrera, por lo cual supongo ó que ya no me quieres ó que por las cosas de España mi carta se ha perdido. Por si esto es así, hago un resumen de su contenido. En ella te decia que Juan, mi segundo marido (Q. E. P. D.), habia muerto de una apoplejía fulminante.»

—¡Oh!—exclamó Mateo,—viuda hace cinco años y no haberlo yo sabido!—y prosiguió la lectura.

«Quedé otra vez viuda, y pasadas las primeras impresiones, siempre pensaba en tí y sólo distraida y alentada en mi soledad por el cuidado de mis hijos y por la esperanza de recibir noticias tuyas y de que, supuesto que ya no existian obstáculos, se lograra nuestra mútua aspiracion; pero el tiempo trascurria, pasaban meses y meses, y tú sin dar cuenta de tu persona.

«En la feria de 1871, que sea dicho de paso, fué una de las más animadas y concurridas de Sevilla, hice conocimiento con un alto empleado del ministerio de Ultramar, que habia venido á los festejos de dicha ciudad. Don Márcos Rodríguez, que así se llamaba, se prendó locamente de mí y me asedió con sus pretensiones. Yo resistí á ellas, porque siempre conservaba tu indeleble recuerdo, pero en vista de tu silencio, considerando mi abandono é impulsada por el amor y conveniencia de mis hijos... ¿Qué habia de hacer? accedí á los ruegos de aquel pretendiente cada dia más enamorado y... me casé por tercera vez.»

—¡Ah!—exclamó de nuevo Mateo.—¡Esta mujer no se olvida de mí, pero se casa con el primero que se presenta!

##### V

Mateo continuó su lectura:

«He residido seis años en Madrid, no teniendo que quejarme de mi marido, pero sí de las vicisitudes de la suerte, porque los altos empleados, cuando dejan de serlo, se quedan tan pobres como cualquier hijo de vecino, salvo honrosas excepciones. El último cambio ministerial nos encontró cesantes y muy atrasados por causa de la numerosa familia; tanto, que al subir los suyos al poder, Márcos vióse obligado á solicitar un puesto en Ultramar como único medio de precaverse contra las eventualidades del porvenir.

«Nos trasladamos aquí con grandes esperanzas, pero ¡ay! la catástrofe no se hizo esperar. Dicen que el vómito sólo ataca á la gente ordinaria, y sin embargo, en ménos de quince dias se llevó á mi pobre marido.

«Hace siete meses que estoy viuda por tercera vez y sólo alentada por la esperanza de volverte á ver, esperanza que, aunque en otra ocasion frustrada, espero que ahora se realice, en primer lugar porque me lo da el corazon, y además porque veo que se va cumpliendo punto por punto el vaticinio de una gitana que hace muchos años me echó la buenaventura.

«Inolvidable Mateo, no bien recibas esta carta contéstame y en cuanto tengas ocasion vuelva á mi lado. Los años transcurridos han servido para probarme que el primer amor no se olvida nunca, y el que yo te profeso ha sobrevivido á la ausencia y á las contingencias de la vida.

«Por fin vamos á ser felices, colmando nuestra mútua aspiracion.

«Ya no soy niña y he sufrido muchos disgustos; pero apenas he cambiado; sólo sí estoy un poco más gruesa.

«Aunque te escribo desde la Habana, no vivo en la ciudad sino en sus cercanías. Por razon de economía y para que la familia tenga más aire y más campo donde esparcirse, me he establecido en el pueblo llamado El Carmelo, vulgo Chorrera, que está á dos pasos de la capital, con la que le une un tranvía. En la plaza de Orgaz, núm. 3, tienes una casa y una mujer que te espera con los brazos abiertos.

«No quiero pensar en que esta carta no llegue á tus manos; seria un golpe terrible. Te espero contando los minutos y con una fe que sin duda dimana del exceso de mi amor.

«Adios, Mateo de mi alma, hasta muy pronto, ¿verdad?»

Facunda Infantes.

VI

La lectura de esta carta aturdió á Mateo. Mil ideas opuestas chocaban en su pensamiento, ideas de duda y de reproche; pero á todas se sobrepuso la de la alegría de lograr el único y constante deseo de su vida.

Facunda estaba libre; le amaba, le llamaba con ahinco; iba á unirse con ella para siempre, iba á cesar la soledad de su existencia, á tener una familia, una compañera, ¡y qué compañera tan amada y tan deseada por él durante tantos años!

Pasados los primeros trasportes, pensó en lo que debía hacer. La cuestion de dinero no le preocupaba; tenia un capitalito, producto de sus ahorros y de una herencia de un tío suyo, que colocado hacia seis años y acumulados capital é intereses, constituian una cantidad de treinta mil duros próximamente.

¿Abandonaria su carrera ó solicitaria solamente una licencia temporal? Hé aquí el problema. Las exigencias de su profesion no se amoldaban al descanso del hogar doméstico y él necesitaba descansar; pero, por otra parte, ¡cortar su carrera, en la que ya debía esperar un porvenir rápido y brillante! Además, Facunda, segun indicaba, tenia familia, y donde la hay, ya sabemos que todo es poco.

¿Qué hacer?

En estas perplejidades, y por supuesto, despues de haber escrito inmediatamente á su amada, le sorprendió una noticia grata y que parecia providencial; la escuadrilla de que su buque formaba parte, recibió orden de trasladarse al apostadero de la Habana.

Decididamente, el destino le unia á su adorada Facunda.

Esta orden tan oportuna le daba tiempo para tomar una determinacion; veria á aquella, y ambos decidirian.

Colon al salir del puerto de Palos no sintió más alegría que Mateo al perder de vista las costas de Cataluña. Cada singladura le aproximaba al objeto de su amor, y durante la travesía se embelesaba horas enteras con los recuerdos de su juventud y con los tranquilos goces que esperaba en la edad madura.

Leia la única carta que habia recibido de Facunda, y no podia ménos de sonreirse de la candidez de esta, que basaba su esperanza en el vaticinio de una gitana. ¿Qué seria aquel vaticinio?

El buque de Mateo ancló en el puerto de la Habana á la caída de la tarde. Las atenciones del servicio no le dejaron libre hasta las nueve de la mañana siguiente, y entónces sólo pensó en ver á Facunda lo más pronto posible.

No quiso servirse del tranvía y sí entrar en la Chorrera como triunfador dichoso, para lo cual alquiló un coche de dos caballos, ofreciendo una buena propina, si era llevado con rapidez.

VII

Vió las primeras casas del pueblo, y no sé si por causa de la emocion ó del gran calor que hacia sintió un desvanecimiento.

El vehículo se detuvo en la plaza de Orgaz, sólo formada por la tapia de una huerta y tres casas. A la puerta de una de estas y bajo un toldo de lona estaban una mujer, sentada en una silla, abanicándose, y tres chicos jugando, medio tendidos en el suelo. Al verla, Mateo se apeó del carruaje precipitadamente y poco despues el enamorado marino abrazaba á su idolatrada Facunda.

Pero, ¡oh sorpresa! quiso cogerla el talle, como dicen los franceses, ¡imposible! un hombre solo no podia abarcar aquella carnosa circunferencia; ya no existia aquel talle de junco que era un dia el embeleso de Mateo.

Facunda indicaba en su carta que estaba algo más gruesa, y ese algo habia resultado un promontorio de carne, un conjunto de arrobos á las que ninguna romana hubiera podido resistir.

En aquel cuerpo enorme no se diseñaban ya líneas ni formas.

Mateo miraba á su amada con estupefaccion; los ojos andaluces no habian perdido su brillo, pero parecian hundidos por lo saliente de los pómulos.

Facunda sollozaba de emocion, apoyada en el hombro de su amante, el cual no pudo ménos de notar las brechas que habia abierto el tiempo en aquella mata de pelo que era la envidia de las muchachas sevillanas.

Los chiquillos suspendieron sus juegos y miraban con asombro á aquel señor de galones dorados que abrazaba á su madre.

—¡Ah! por fin nos hallamos juntos,—exclamó Facunda. —Ya sabia yo que vendrias; acertó la gitana: pero vamos adentro.

—No; hace mucho calor, estamos mejor aquí,—dijo Mateo, dejándose caer en un banco que habia á la puerta de la casa,—¿qué es eso de la gitana?

—Una buenaventura que va á cumplirse en todas sus partes.

—¿Pues cómo?

—Hace muchos años, de soltera, una gitana, despues de echarme las cartas y examinar mi mano, me dijo, en un lenguaje misterioso y figurado, que yo seria evangelista y apostólica.

—¿Y qué es eso?

—Pues ya verás...

Facunda se interrumpió para decir á los muchachos, que habian vuelto á reanudar sus juegos:

—Estáte quieto, Pablo; no te montes en Santiago y

Andrés, ¿no ves que son más pequeños y vas á hacerles daño?

Y despues de este paréntesis prosiguió:

—Segun la gitana, debo ser evangelista y apostólica, pues con efecto me he casado con Lúcas, Juan, Márcos y espero hacerlo con Mateo, ¿verdad?

—¿Pero y lo de apostólica?—preguntó éste, eludiendo la contestacion.

En aquel momento sonó un gran estrépito en el portal de la casa y salieron de ella cinco muchachos como de doce á seis años de edad, que se aproximaron á Facunda, gritando casi en coro:

—¡Mamá, mamá! ¿no almorzamos?

Mateo dió un salto sobre el banco en que estaba sentado.

VIII

—¿Es tu familia?—preguntó á Facunda.

—Sí, Mateo; todos tienen un nombre de apóstol; un capricho de mis tres difuntos, ¿comprendes?

—Cinco y tres ocho,—observó el marino,—¡buena prole y...

La sorpresa embargó su voz, porque en el dintel de la puerta se presentaron otros tres chiquillos cantando en un diapason infernal una parodia del brindis de la zarzuela *Marina*, que por entónces estaba muy en boga en la Habana y sus alrededores, y que decia:

A almorzar, á almorzar, á almorzar  
hasta ser  
la hora de comer.

—¡Callaos!—gritó Facunda.—Todo el mundo adentro. Ahora almorzaremos.

Mateo se habia puesto en pié.

—Ocho y tres once,—¿once hijos, Facunda?

—¿No te dije? sólo falta uno para el apostolado completo!..

—Vista tu fecundidad, todo puedes esperar, —interrumpió el marino,—pero, querida, yo no quiero cargar con la responsabilidad de introducir un Judas en la familia.

Y acercándose precipitadamente al coche, que le esperaba á corta distancia, subió á él dando al lacayo orden de volver á *mata caballos* á la Habana.

FABRICIO

ENTRE LAS OLAS

POR DON RAFAEL TRILLO DE MERELO

I

A mediados del mes de agosto del año 186... *La Correspondencia de España*, en su seccion de noticias de provincias, publicó el siguiente suelto:

«Un deplorable accidente acaecido ántes de ayer, ha llenado de consternacion á los habitualmente alegres vecinos de Cádiz y á la colonia veraniega que este año, con motivo de la guerra carlista y del estado de las provincias vascongadas, es muy numerosa.

«Poco ántes de anochecer, segun costumbre, la señorita doña Rosalía de Sandoval, sobrina y pupila del conocido banquero y marqués de este título, fué á tomar su baño cotidiano á la playa de la Caleta. Habiendo pasado sus primeros años en Comillas, la señorita de Sandoval adquirió desde su infancia la aficion y la costumbre de la natacion, en cuyo ejercicio sobresalia; así es que sus compañeras de baño no se extrañaban de verla internarse en el mar perdiéndola de vista durante largos ratos.

«La noche á que nos referimos, la atrevida jóven se alejó de la playa nadando como una sirena; las demás bañistas siguiéronla un instante con la vista y despues no se ocuparon de ella, esperando, como tantas veces, volver á verla presentarse de nuevo.

«Trascurrida media hora, ya se comenzó á notar su ausencia. Algun tiempo despues la inquietud era general; las bañistas la transmitieron á las numerosas personas que estaban en el muelle y como entre tanto algunos bañeros, alarmados, habíanse internado en el mar, buscando, no obstante la oscuridad de la noche, á la imprudente nadadora, la noticia de una catástrofe probable cundió por toda la ciudad y el aya de la señorita de Sandoval, que la habia acompañado al baño, corrió á avisar al marqués, que se alojaba en el Hotel Blanco. Desde entónces comenzaron á practicarse las más vivas diligencias á fin de encontrar á la jóven desaparecida.

«Desgraciadamente era sábado, y las pocas barcas pescadoras que bogan por el lado de la Caleta habian ya regresado, y los empleados del muelle, segun su costumbre en vispera de dia festivo, abandonaron su puesto con alguna anticipacion. Todas estas circunstancias reunidas á una fatalidad inexplicable, fueron causa de que las pesquisas no diesen resultado. Se exploró el mar á largas distancias; pero miéntras salieron numerosas barcas con este objeto, habia trascurrido mucho tiempo, y el abismo de las aguas no devolvió su virginal presa.

«A la mañana siguiente continuaron las exploraciones, mas todo fué en vano: el cuerpo de la señorita de Sandoval no ha vuelto á la costa traído por el flujo, como de ordinario sucede cuando un cadáver ha sido llevado por las corrientes de la Caleta.

«No hallamos palabras para expresar el inmenso dolor del señor marqués de Sandoval.

«Herido en sus afecciones como pariente y como tutor cariñoso, ha visto asimismo desvanecerse otras más grandes y más íntimas esperanzas, pues se asegura que, previas las necesarias dispensas, el marqués debía unirse próximamente á su sobrina; y ahora en vez de con una bella y feliz desposada, sólo podrá volver á su palacio de Madrid con un féretro, y esto en el caso, ya improbable, de que en los dias sucesivos el mar devuelva su víctima.»

Una semana despues, la misma *Correspondencia de España*, ampliaba la noticia de esta catástrofe en los siguientes términos:

«Nuestros lectores no habrán, seguramente, olvidado la terrible desgracia que ha llevado la desolacion á la distinguida familia y á los amigos del marqués de Sandoval. Un nuevo incidente, del que no teníamos noticia, ha venido á aumentar la preocupada consternacion de la ciudad de Cádiz; no sólo ha desaparecido el cuerpo de la señorita de Sandoval, sino que tambien, desde la misma noche del fatal suceso que ya conocen nuestros lectores, se nota la ausencia de un viejo y pobre marinero retirado que habia conseguido una plaza de bañero y que por su habilidad, honradez y servicial carácter era muy apreciado en la estacion balnearia. Se hacen mil comentarios, y la opinion general se inclina á creer que el infeliz bañero, llevado de su celo en el cumplimiento de su deber y queriendo acudir al socorro de la jóven ahogada, ha sido tambien víctima de su buena accion.

«Este doble incidente ha venido, como ya hemos dicho, á aumentar la sombra misteriosa de este extraño suceso; pues la desaparicion simultánea de dos cadáveres, tan cerca de la costa, es un hecho casi inconcebible. Supúsose en un principio que uno ó los dos cuerpos hubiesen podido chocar y enredarse entre las malezas del pequeño grupo de rocas que hay casi á flor de agua á media legua de la Caleta, pero el reconocimiento minucioso que se ha practicado ha resultado enteramente inútil.»

Hasta aquí *La Correspondencia de España*; ahora comienza nuestra narracion.

II

Don Enrique Sandoval, hermano mayor del banquero y marqués de este título, despues de haber llevado una vida alegre y disipada, trató de aprovechar los restos de su juventud y sus buenas relaciones para contraer un matrimonio ventajoso. Halló, en efecto, una jóven y opulenta cubana y no tardó en verificarse el enlace, que durante los primeros años no se distinguió por ninguna particularidad. Pero Sandoval, con el tiempo, volvió á las andadas, es decir, continuó su antiguo género de vida, relajando un tanto los lazos del himeneo; de suerte que de dia en dia ambos esposos se veian ménos y, digámoslo así, sólo oficialmente. El marido no se ocupaba de su mujer y ésta dejaba á su cónyuge esa libertad de *buen tono* que es la distincion del mundo elegante, en el que los celos son ridículos.

Sandoval murió en un duelo provocado por un motivo fútil en la apariencia, á manos de un íntimo amigo suyo, habitual compañero de sus empresas galantes. Esta desgracia impresionó más de lo que era de esperar á la jóven y distraída viuda. Al principio se supuso que habiendo sido despojada de su dote por la faustosa esplendidez de su marido y habiéndose éste creado una segunda fortuna propia, jugando á la bolsa, debía heredarle un hermano menor, que andando el tiempo se tituló marqués de Sandoval, y al cual se refiere el suelto de *La Correspondencia de España* que hemos copiado, y que, con efecto, creyóse dueño y heredero de la fortuna de su hermano; cuando hé aquí que la viuda se declara en estado interesante y á los seis meses despues de la muerte de su esposo, da á luz una niña.

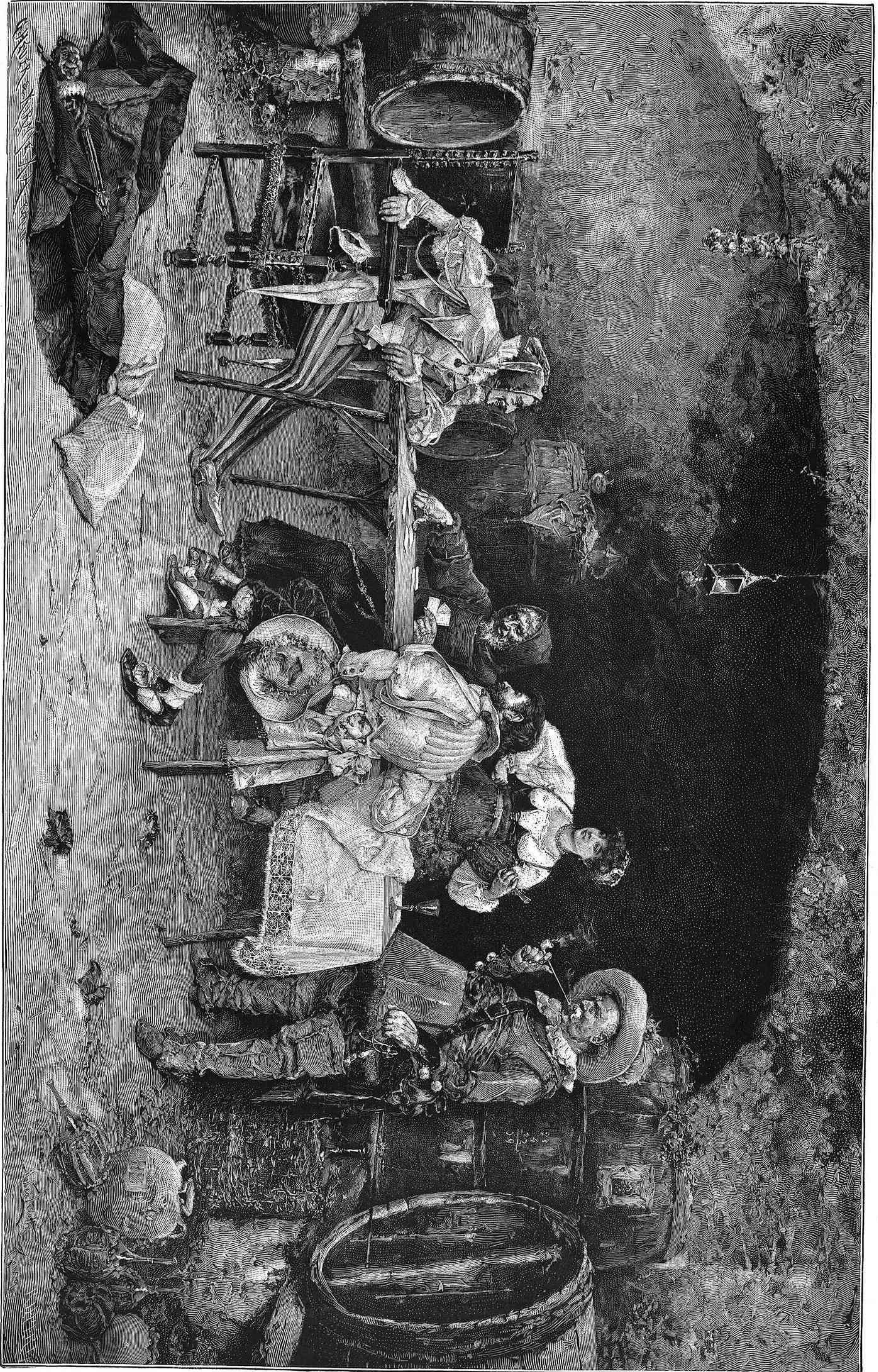
No obstante este feliz incidente, que la aseguraba una existencia opulenta, la viuda de Sandoval, que siempre se habia distinguido por su carácter frívolo y alegre, hizose cada dia más comunicativa, se retiró de la sociedad, y... *cayó en la devocion*, como dicen los incrédulos. Triste y preocupada siempre, parecia que las caricias de su hija, en vez de calmarla, aumentaban su desconocida pena, hasta el punto de que, consumida lentamente por una enfermedad del pecho, murió dejando á su hija Rosalía de siete años de edad.

La vispera de su fallecimiento, despues de una larga conferencia con su confesor, la moribunda hizo llamar á su cabecera á su cuñado, pidiendo que les dejasen solos. No obstante, algunos oidos indiscretos, á través de las cerradas puertas, percibieron sollozos y súplicas, aunque sin comprender las palabras.

Oyóse tambien un «sí» pronunciado por Sandoval con acento agrio y desapacible, y á poco rato vióse salir á este de la alcoba de la que iba á morir, llevando un rollo de papeles en la mano. Se supuso que el banquero, ocupado en crearse una fortuna, sólo á repetidas instancias de su cuñada moribunda habia consentido en aceptar la tutela de su sobrina; tutela que por otra parte, le daba muy poco que hacer, pues desde los primeros dias encargó el cuidado de la niña á una parienta suya lejana, propietaria y directora de un colegio de Comillas.

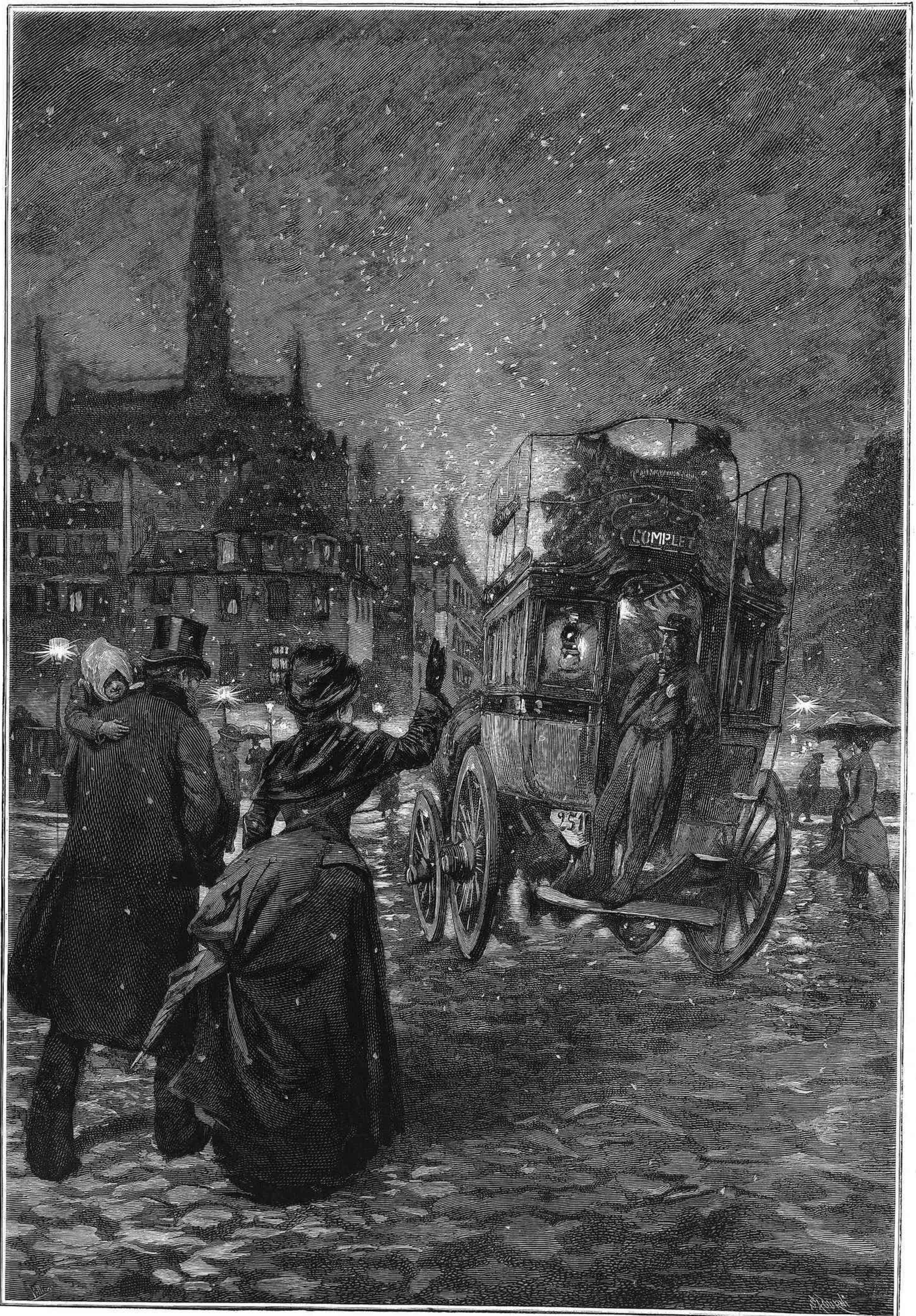
III

Rosalía, pues, pasó su infancia y su primera juventud en aquella retirada playa. Su tío y tutor, que apenas se ocupaba de ella, más que por cariño, por salvar las conveniencias sociales, hacía venir á Madrid, á su lado, durante un par de meses, que generalmente eran los de



UNA PARTIDA DE CARTAS, cuadro por M. Lovatti

ESCENAS PARISIENSES



EL ÚLTIMO ÓMNIBUS, cuadro por D. J. Luis Pellicer

abril y mayo. Esta indiferencia respecto á su sobrina no sorprendía á nadie, porque además de ser ella una niña, el banquero andaba harto ocupado en sus negocios; y aunque esta falta de cariño por parte de su único pariente sorprendió y entristeció á Rosalía, cuando pudo darse cuenta de ello, no alcanzó á agrair su carácter amable, delicado y sensible: su *corazon de oro* resistía á todas las defecciones, como el precioso metal á todos los ácidos disolventes.

Casi sola en Comillas, tratada por la directora del colegio al igual de sus pocas compañeras, pasó su infancia amando sólo á las flores del jardín, sintiendo una atracción irresistible hacia el mar, en donde desde niña, hábil nadadora, solía bañarse. Reconcentrada en sí misma, no hallando calor de cariño en la casa de su tío, siempre veía con satisfacción el momento de regresar á sus queridas playas.

En esta disposición de espíritu, y cuando había cumplido los diez y seis años de edad, un acontecimiento muy natural vino á abrir nuevos horizontes á su juvenil imaginación. Una mañana de julio, en la que paseaba por el jardín del colegio, se encontró, de manos á boca, con un joven desconocido. Era este Eduardo de Lara, sobrino de la directora, alférez de navío, que había venido con licencia á pasar una temporada en la casa de su tía. Eduardo disfrutaba de una renta de mil duros, tenía un carácter osado é impetuoso, gran corazón y no escasa inteligencia.

Al encontrarse en el jardín con Rosalía, sintió una viva impresión. El joven se hallaba en ese momento psicológico, en que el corazón adolescente necesita una nueva vida, en que la imaginación juvenil tiende á realizar los sueños de amor correspondido; y como Rosalía era el ideal de la belleza poética y delicada, sucedió lo que era natural que sucediera; el novel marino se enamoró rendidamente de la tierna colegiala.

Respecto á Rosalía, ¿qué había de suceder? Los dos jóvenes solos durante muchos ratos en sus largos paseos, ambos predispuestos á la pasión; él, enérgico de sentimiento, ella, tierna y ansiosa de cariño, se comunicaron mutuamente los efluvios del amor, pero de ese amor serio y profundo que dura toda la vida.

Inocentes como eran ambos, se dejaron influir por el dulce sentimiento que les atraía, sin preocuparse de las dificultades ni de los obstáculos sociales que pudieran interponerse entre ellos.

Al volver Eduardo á su buque la tarde en que tuvo lugar su última entrevista con Rosalía, complaciéronse ambos jóvenes en hacer castillos en el aire para el porvenir. El marino no podía menos de ascender y hacerse notable en su carrera, y cuando llegase á teniente de fragata, cosa que no tenía por muy lejana, se presentaría al marqués de Sandoval, pidiéndole la mano de su sobrina. Este indudablemente accedería á su ruego, pero si la gran fortuna de Rosalía era un obstáculo para su unión, renunciarían á ella á favor del avaro banquero, comprando ella así su libertad y su dicha; pues según la enamorada pareja, al marqués sólo le interesaba el goce de las riquezas de su pupila y no el porvenir de esta, que le era totalmente indiferente.

Después de estos bellos proyectos, juráronse, como era natural, un amor eterno, evocando como testigos las sombras maternas, porque ambos eran huérfanos y no habían conocido más verdadero cariño que el de aquellas á quienes debían el ser.

El viaje naval de Eduardo duró cerca de once meses. Destinado al archipiélago filipino, tomó parte en una expedición contra los moros de Joló y en aquella breve campaña se portó bizarramente, mereciendo una mención honorífica de sus jefes.

Entre tanto nada había variado en la monótona existencia de Rosalía. La penúltima primavera el banquero la pasó en París, en un viaje de recreo ó de negocios, y la colegiala permaneció todo el año en Comillas. Cuando en la primavera siguiente su tío, según costumbre, hizo trasladarse á Madrid, la pobre niña, desde los primeros días, notó en él un cambio radical. Antes, el banquero, apenas la miraba ni se ocupaba de ella. Cuando sus amigos le preguntaban respecto á sus proyectos para con su sobrina, siempre eludía la cuestión, dando á entender que la muchacha tenía vocación por la vida monástica y que probablemente acabaría por encerrarse en un convento.

Cuando Rosalía se trasladó por última vez á Madrid, cada día, como queda dicho, se admiraba más y más de la mudanza de carácter de su tío. Durante el tiempo que se reunían para almorzar ó comer, el banquero se ocupaba de ella con cariñosa solicitud; la servía los manjares más delicados, contra su anterior costumbre la dirigía frecuentemente la palabra y por vez primera, á lo que parece, notó que su pupila no estaba equipada como convenía á su edad y á su fortuna.

Hizo llamar á las primeras modistas y llenó los guardarropas de la joven huérfana de trajes elegantes y variados. En vez de dejarla sola y retraída en su casa, la llevaba á los paseos y espectáculos y su resolución varió tanto respecto á la joven que todo el mundo observó tan súbito é inesperado cambio.

Vamos á explicar este misterio.

Hasta los diez y seis años de edad, Rosalía había sido una niña débil, poco desarrollada y casi enfermiza. Sus facciones, es verdad, tuvieron siempre una pureza de líneas admirables, pero su pobre seno, sus delgados brazos y su talle aún no formado, hacían que se la considerase nada más que como una niña agraciada.

Cuando, trascurrido un año, el banquero volvió á ver á

su sobrina, quedóse admirado de la transformación que observó en ella. La flor se había abierto; la crisálida, hecha mariposa, se presentaba con los más espléndidos colores; la transición de la niñez á la pubertad había obrado este prodigio. El banquero admiró, con ávidos ojos, el contorneado seno, los brazos que ofrecían un desarrollo casi de matrona y la flexible elegancia del cuerpo vigoroso al par que juvenil de su sobrina y concibió por ella, casi instantáneamente, una de esas pasiones seniles, profundas é irresistibles que tienen el brillante incendio de la llama próxima á extinguirse. El banquero, casto de pensamiento y de costumbres, que nunca había recorrido las galantes sendas de su hermano mayor, y que, avaro por naturaleza, sólo se había ocupado en amasar una fortuna, conservaba ricas y enérgicas, no obstante su edad, las aspiraciones de su juventud. Quizá también había llegado á ese momento crítico en el que casi todos los hombres sienten el vacío de la vida y necesitan una compañera; ello es que desde el primer momento, contemplando la incomparable belleza de Rosalía, se propuso en su pensamiento hacerla suya.

En este estado las cosas y una mañana en la que el marqués trabajaba en su despacho, un criado le anunció la visita de un teniente de fragata, pasándole una tarjeta en la que había un nombre que él recordaba.

El marino era Eduardo. De regreso de su expedición marítima, habiendo obtenido el grado que deseaba y creyéndose digno de su prometida, el joven enamorado indudablemente venía á pedir al tutor la mano de su pupila, realizando así los hermosos sueños de amor que á ambos amantes habían halagado en el jardín del colegio de Comillas.

Nadie supo lo que pasó en la entrevista del marino y del banquero, y sólo, sí, algún criado indiscreto notó que el joven teniente de fragata salió del despacho del marqués de Sandoval descompuestas las facciones y en un estado de violenta agitación. Antes de dejar la casa del banquero, Eduardo encontró en la antesala á Rosalía, no sabemos si casual ó intencionadamente. Ambos jóvenes, observados por el portero del hotel, apenas pudieron cambiar algunas palabras. El salió de la casa densamente pálido y ella, sollozando, se refugió en su aposento.

Entre tanto el marqués en su despacho, presa también de una gran agitación, daba vueltas violentamente como un león en celo, murmurando palabras que quizá sólo su ayuda de cámara pudo oír.

#### IV

Dos días después Eduardo recibió la siguiente carta: «Todo se ha perdido, Eduardo de mi alma, esperanza, dicha, porvenir. Ya no hay felicidad para nosotros en el mundo. Todo nos abandona, todo apoyo nos falta, todo nos precipita en un abismo de dolor y de desesperación. De nuestros hermosos sueños, de nuestra juventud que nos prometía largos años de ventura, sólo sobrevive en nosotros nuestro amor y nuestra constancia; nuestro amor que, quiero creerlo, si no logrado en vida, unirá nuestras almas en la eternidad.

«El mismo día de tu entrevista con mi tío, hubo entre él y yo una escena violenta, por la cual he tenido ocasión de sondear su corazón, comprendiendo la horrible suerte que me está reservada. Mi tío estaba lívido, agitado, con la mirada extraviada y, aunque evidentemente hacia esfuerzos para contenerse, sus manos se retorcan convulsas.

«Paróse delante de mí, mirándome con airados ojos, y me dijo:

«Un marino, un hombre oscuro, un *quidam* que pretende ser pariente mío, ha venido á pedirme tu mano. Según parece vuestros amores datan de antiguo; es decir, desde la edad en que á una niña no le es permitido ocuparse ni pensar en devaneos. Parece también—prosiguió cruzando los brazos y mirándome fijamente—que ese amor, oculto siempre para mí, ha sido desde un principio por tí correspondido. ¿Qué dices? ¿por qué bajas los ojos? ¿Amas, pues, á ese ser despreciable y oscuro, que sólo puede ofrecerte un cariño á intervalos, que te dejaría con frecuencia para exponerse á los peligros del mar y que pasados los primeros días sólo puede darte un porvenir incierto?

«Tío—contesté yo con una firmeza de que no me creía capaz—creo que mi fortuna evita las contingencias que usted me indica.

«Es que ese... *quidam*—repuso mi tío—haciéndome una ofensa, me ha dado á entender que ambos estais dispuestos á cederme esa fortuna. ¿Es esto verdad?

«Si es preciso...—murmuré yo.

«Entonces mi tutor prorumpió en exclamaciones de ira. «¡Tu marido! ¡El pretende serlo! ¡nunca, mientras yo exista! ¿sabes quién será tu marido? yo, solamente yo... ¿lo entiendes?

«Y al decir estas palabras daba vueltas como un loco.

«Yo me hallaba confundida. Aquella pasión súbitamente revelada, porque mi tío me ama violentamente, me sobrecoja de terror, haciéndome enmudecer.

«De pronto, mi tío volvió á detenerse delante de mí.

«Oye—me dijo—yo no amaba más que al dinero, al orgullo de ser envidiado por mi fausto. De repente te has mostrado á mí de un modo que nunca en tí había imaginado... No sé qué llama desconocida circula por mis venas, tengo hambre de tí y por tanto, no obstante tu juventud, á pesar de mis canas, serás mi esposa, sí, serás mía aún cuando se opusiera el mundo entero.

«¡Oh tío!—exclamé yo...

«Es inútil cuanto digas. Mi resolución es irrevocable;

no quiero morir de sed teniendo la fuente al lado. Las estúpidas leyes te protegen, es verdad; pero yo tengo un talisman poderoso para hacerte ceder á mi deseo á menos que no tengas conciencia ni corazón.

«¿Un talisman, tío?

«Vaciló un momento y luego, encarándose á mí, me dijo brutalmente:

«Mi hermano no era tu padre...

«¡Ah Eduardo! ¡cuánto necesito amarte para hacerte esta revelación; el dolor y la vergüenza paralizan mi pluma entre mis crispados dedos... confío en tu amor, en tu generosidad! Mi madre... faltó á sus deberes... yo he visto su confesión escrita *in extremis*, en la que reconoce la falta á la que debo la vida. Es más, su desliz ha sido causa de la muerte violenta de su seductor y de la de aquel cuyo nombre llevo.

«Como expiación suprema, su confesor exigió á la moribunda que todo lo revelase al hombre á quien mi ilegítimo nacimiento privaba de la herencia de su hermano. El rígido sacerdote exigió también que esta revelación fuese escrita, para que el perjudicado pudiese, si quería, reclamar la fortuna de que había sido despojado.

«Pero las súplicas de la agonizante tuvieron tal elocuencia, que arrancaron á mi tutor la promesa de guardar el secreto de mi ilegitimidad. Un último mandato de mi madre me ordenaba entrar en un convento legando todos mis bienes á mi tío ó á sus herederos; pero ¡ay de mí! ni aún tengo el refugio del claustro; debo unirme á mi tutor ó sufrir que la memoria de mi madre sea deshonrada.

(Continuará)

#### EL REGIDOR

(Conclusion)

—Esto son palos, señor;—contestaba Gasperet sin interrumpir su tarea.

—Pero ¿por qué me los das á mí?—preguntaba jadeante, bañado en sudor de fatiga y en espuma de rabia el infeliz contratante.

Y Gasperet contestaba:

—Porque V. es su enemigo, el único culpable de cuanto malo le pasa, y si he de apalearlo á quien tiene la culpa de sus desventuras, sólo puedo apalearlo á V.

Y Gasperet seguía apaleando.

—¡Tú me quieres matar!—gritó su amo al fin, y comenzó á pedir socorro.

—No lo dejaré hasta que V. diga «basta», según lo convenido.

—¡Pues basta y sobra!—gimió D. Gervasio.

—Pues vengan los mil duros,—replicó Gasperet;—el señor escribano aquí presente podrá decir si los merezco.

—Los merezco,—dijo D. Magin,—poniéndose cerca de la puerta, precaución inútil, porque D. Gervasio no se podía rebullir; pero aún podía hablar aunque en tono muy dolorido, y poco menos que sollozando, preguntó:

—¿Cómo que los merezco?

—Los merezco,—añadió D. Magin,—porque si V. es su propio enemigo, como afirma Gasperet, claro está que usted y su enemigo han sufrido tanto el uno como el otro, á no ser que V. sea un ser insensible hasta el punto de no sentir ni siquiera lo que V. mismo siente.

—Pero ¿quién ha dicho á Gasperet,—sollozó D. Gervasio,—que yo soy mi enemigo? ¿Quién podrá demostrarme que nadie sino yo tiene la culpa en todo lo malo que me pasa?

Gasperet, mirando alternativamente á su amo y al baston que conservaba aún bien apretado en su mano derecha, contestó con estas palabras, cuya verdad y buen sentido no tenían verdaderamente vuelta de hoja:

—Usted es su enemigo, porque no sabiendo bien ningún juego y perdiendo siempre á todos, estando rico por su casa y costándole cada real de pérdida un disgusto tremendo, se obstina en jugar; que es como obstinarse en perder. Usted es su enemigo, porque teniendo las piernas cortas y el cuerpo muy gordo y pesado y no habiendo aprendido equitación, se empeña en que por fuerza ha de montar los caballos más indómitos y resabiados que encuentra. Usted es su enemigo, porque si las mujeres le engañan es porque su merced, llevado de sus malas ideas y sin pensar nunca en casarse como Dios manda, se dirige siempre á las peorcitas de Solsona. Su merced suele quejarse de que los amigos publican las confianzas que les hace, de que todo el mundo le paga con ingratitudes sus favores y de que á cada paso le asustan ó le roban, y, ¿qué culpa tiene nadie sino su merced, de que su merced haga confianzas á quien menos las merece, y sea descuidado en todos sus negocios y no le guste hacer favores más que á los pillos?

—¡A los pillos como tú!—refunfuó D. Gervasio, poniéndose de pie, no sin esfuerzo, y luego añadió:—Quiero pasar por todo lo que me dices, pero de esta enfermedad que me ha tenido postrado en cama, de esta enfermedad que me ha aniquilado y gracias á la cual tienes tú aún cuatro ó seis días de vida por delante, ¿te atreverás á decir que tengo yo la culpa también?

—Me atreveré y lo demostraré,—replicó Gasperet con esa humildad decorosa que da la convicción de poder alzar el gallo.

—¿Te atreverás á sostener—preguntó el aturdido don Gervasio—que yo me he envenenado á mí mismo?

—Y aquí está la prueba—dijo triunfalmente Gasperet, desapareciendo un momento de la habitación y entrando con el morral de caza de su amo, del cual sacó hasta media docena de unas que parecían setas. Gasperet dijo:

—Su merced tiene gran afición á una cosa que se parece mucho á ésta y que yo le sé aderezar muy á su gusto; pero su merced tiene la manía de que nadie como él distinga las setas de los hongos, y siempre que sale de caza coge todas las que se encuentran en su camino y se atraca de un alimento tan peligroso. Yo he dicho á su merced mil veces que un día iba á comer hongos por setas; su merced nunca quiso crearme, pero al fin sucedió lo que era de esperar. Y gracias á que por lo visto la mayor parte de los hongos se quedó en el morral y sólo uno ó la sustancia de uno confundido entre las setas fué lo que le hizo daño, que á comer su merced todo este veneno ya habria reventado como un triquitraque.

La fuerza de esta argumentacion era tal que D. Gervasio bajó la cabeza y calló, prueba la mayor que puede dar un tonto de convencido ó á lo ménos de resignado. Gasparet aprovechó aquella ocasion oportuna, para reconciliarse con su amo. Le pidió que le perdonase un atrevimiento nacido del cariño y del deseo de abrirle los ojos, le besó humildemente la mano y le rogó que para tener él la seguridad de que su amo no le guardaba rencor, para eso, y sólo para eso, necesitaba que le diese los mil duros. Tornó á resistirse D. Gervasio y hasta á amenazar con quejarse á la justicia, pero D. Magin le dijo:

—Pague V. y calle, porque si esto se sabe en el pueblo hasta los perros van á reirse de usted... y más que nadie el regidor.

Esta última reflexion hizo más fuerza en el ánimo de don Gervasio que todas las anteriores; ofreció cumplir lo pactado y al dia siguiente hizo entrega de la cantidad.

Gasparet buscó un sustituto, se casó con la hermosa Eulalia y puso una soberbia tienda de comestibles en el sitio más céntrico de la ilustre villa de Solsona, sin que don Gervasio, abofeteado por la mujer y apaleado por el marido á raíz de la primera intentona, los visitase más que de tarde en tarde y muy de cumplido.

Parecerá el caso estupendo y extraordinario (observaba mi amigo D. Mariano Belart en la epístola de que he sacado la presente relacion), pero créame V., amigo mio, es harto comun y vulgar; la mayoría de los hombres, si no todos, tienen en sí mismos su peor enemigo.

CÁRLOS COELLO

EL TIEMPO

Cuando Molière definió ingeniosamente el opio *virtus dormitiva* se burlaba de una manera cruel de cierto procedimiento lógico y á la vez indicaba una enseñanza fecunda para corregir sus errores.

Pone en la picota del ridículo aquellos esfuerzos de la inteligencia que, cual anuncio seguro de nuestra flaca condicion, se revisten de aparatosa exterioridad para terminar en la nada, dando como explicacion de una idea su nombre con palabras distintas. Y de esta *vis* cómica surge como enseñanza la necesidad para la inteligencia y para la práctica de explicar, concebir y más tarde realizar cosas é ideas segun su naturaleza propia y no por vías y procedimientos extraños.

Cuando se sigue este último extremo, en el cual parece que vamos tras el empeño pueril de coger la cáscara y arrojar la nuez, sólo se obtiene en la indagacion de lo que sea un objeto repeticiones de términos á veces contradictorios (como cuando se afirma que el todo es la nada y viceversa) ó expresion de lo mismo con palabras diferentes (al definir el opio *virtus dormitiva* ó el tiempo sucesion de uno á otro instante).

Aquello que deja más honda huella en nuestro sér, el tiempo que va depositando sellos indelebles en el organismo temporal y caracteres inextinguibles en el tesoro de ciencia y experiencia de nuestra vida íntima ¿cómo puede y debe ser concebido?

Ateniéndonos al procedimiento de que hemos hecho mérito, tendremos que definir el tiempo como Molière el opio, si preferimos, como vulgarmente se dice, dar vueltas alrededor del asunto, sin penetrar en su fondo. Aplicando pues este procedimiento al tiempo, cuya definicion formularia Molière, diciendo de él que es *virtus sucesiva* ó que el tiempo es el tiempo, fácil será el hacer patente el *impasse* ó callejon sin salida, dentro del cual se encierra la inteligencia, sin alcanzar á concebir el tiempo quizá por que no le observa tal cual es y seguramente por que prescinde, en abstracciones violentas, de factores y elementos que integran la vacuidad formal y externa, con que aparece.

El tiempo, como forma abstracta de las cosas temporales, será siempre producto de la mente, una entidad escolástica, jamás una realidad viva. De igual modo que el matemático no ve en la realidad el punto que contempla abstractamente en su imaginacion, no percibe el pensador el tiempo, aislado de las cosas temporales, en la vida que se agita á su alrededor.

No es posible no concebir, explicar ó definir el tiempo como tal molde abstracto, vacío, hueco, sin consistencia. Semeja entónces el pensamiento, que persigue neciamente aprehender lo cualitativo y específico del tiempo, el niño



MARIETA, de un cuadro de E. Hubner

que con su cándida ingenuidad corre tras su sombra y la ve eternamente desvanecerse con tanta mayor rapidez cuanto más cerca se cree de ella y más fácil retenerla entre sus manos. En ambos casos, es el fenómeno igual y obedece á la misma causa. En el primero es el pensador un niño cándido, que prescinde de lo cualitativo y lo busca en la cáscara exterior y en el segundo es el niño un pensador fantástico que se olvida de lo que proyecta la sombra, es decir, de su cuerpo, para correr tras ella que como ya dijo el poeta, «cuanto más se aleja, más cuerpo toma.»

Ambos parecen hombre que fuera acumulando materiales para elevar un muro ya de bastante altura y que mirara y volviera á mirar con ansia insaciable para descubrir lo que pasa detrás del muro ó sea para ver lo que él mismo contribuye á poner en la region de lo invisible.

Un gran escritor, Renan, ha declarado que el tiempo, considerado abstractamente, sólo posee *indiferencia dinámica*, ó que el tiempo es el tiempo, y si en él se prescinde previamente de lo que dentro de su forma se sucede, nunca se explicará su contextura. Al modo de la cámara oscura, de la linterna mágica ó de la plancha fotográfica reflejará el tiempo con indiferencia completa lo que llene é integre su vacuidad. Los presentimientos del arte confirman por completo esta verdad. Los hermosísimos contrastes, descritos por Goethe en su *Werther*, entre los sombríos sentimientos que se apoderan del alma de su héroe y la espléndida exuberancia de una naturaleza primaveral; las antítesis que pone de relieve Byron entre el negro y tormentoso horizonte, que arrastra su genio al abismo de la muerte, y el cielo sonriente de Grecia; las reverberaciones geniales de nuestro Becquer, declarando que llega al fondo de su alma el sol, que cree en Dios y que la luz es más radiante y hermosa para él en el dia en que ha visto á su amada, son otras tantas pruebas de la manera cómo presiente el arte que el tiempo se aprecia por los acontecimientos y sucesos, que llenan su molde vacío. La sabiduría popular sabe tambien que usa como frases metafóricas las de «tiempo bueno y malo,» entendiendo que la cualidad buena ó mala se refiere á lo que acontece dentro de la indiferencia inalterable de la sucesion.

Pasan, en efecto, gradual y sucesivamente las hojas del libro de nuestro destino, pero ni se altera ni cambia éste en lo más mínimo por la indiferencia de la sucesion. El dios Saturno, devorando sus propios hijos, es el símbolo del tiempo, que vuelve las hojas del libro de nuestro destino, sin que cambie una de sus letras.

El tiempo es en sí indiferente, como dice Fouillée y segun afirma Leibniz no es una realidad, una fuerza ó una causa, ni por consecuencia un principio de cambio ó movimiento que obre por sí, sino una relacion y un orden entre las realidades, que dentro de él viven, palpitan y se suceden.

La idea del tiempo abstracto, vacío de contenido, considerado como factor que produce por sí gérmenes y ele-

mentos, es un error que engendra todos los inherentes al fatalismo (sea optimista ó pesimista), enervador de nuestras energías. Fiarlo todo á la accion del tiempo es caer en un quietismo estéril, contrario á nuestra condicion. Así como proclaman hoy las ciencias naturales que el principio informador del cosmos consiste en el dinamismo general de las fuerzas, que en él han de desarrollarse, debemos para la ciencia, para la vida y para el arte aceptar este mismo principio y regla de conducta individual y social, es decir, el dinamismo general de todas nuestras energías como los elementos cualitativos, que integran el molde vacío del tiempo.

De esta suerte se concibe que el tiempo se aprecie y valga, no por su duracion, sino por lo intrínseco de los hechos en él cumplidos y por la cantidad y cualidad de energía que en ellos ha empleado el agente temporal.

Los numerosos desquites que nuestra energía, merced á su condicion perfectible y progresiva, toma contra la inflexibilidad mecánica del tiempo abstracto abundan en individuos y pueblos y constituyen otros tantos argumentos contradictorios del escepticismo cómodo, á que se entregan la individualidad satisfecha en sus concupiscencias egoistas ó los pueblos en el vértigo de las alturas, cuando disfrutan hegemonías políticas ó militares.

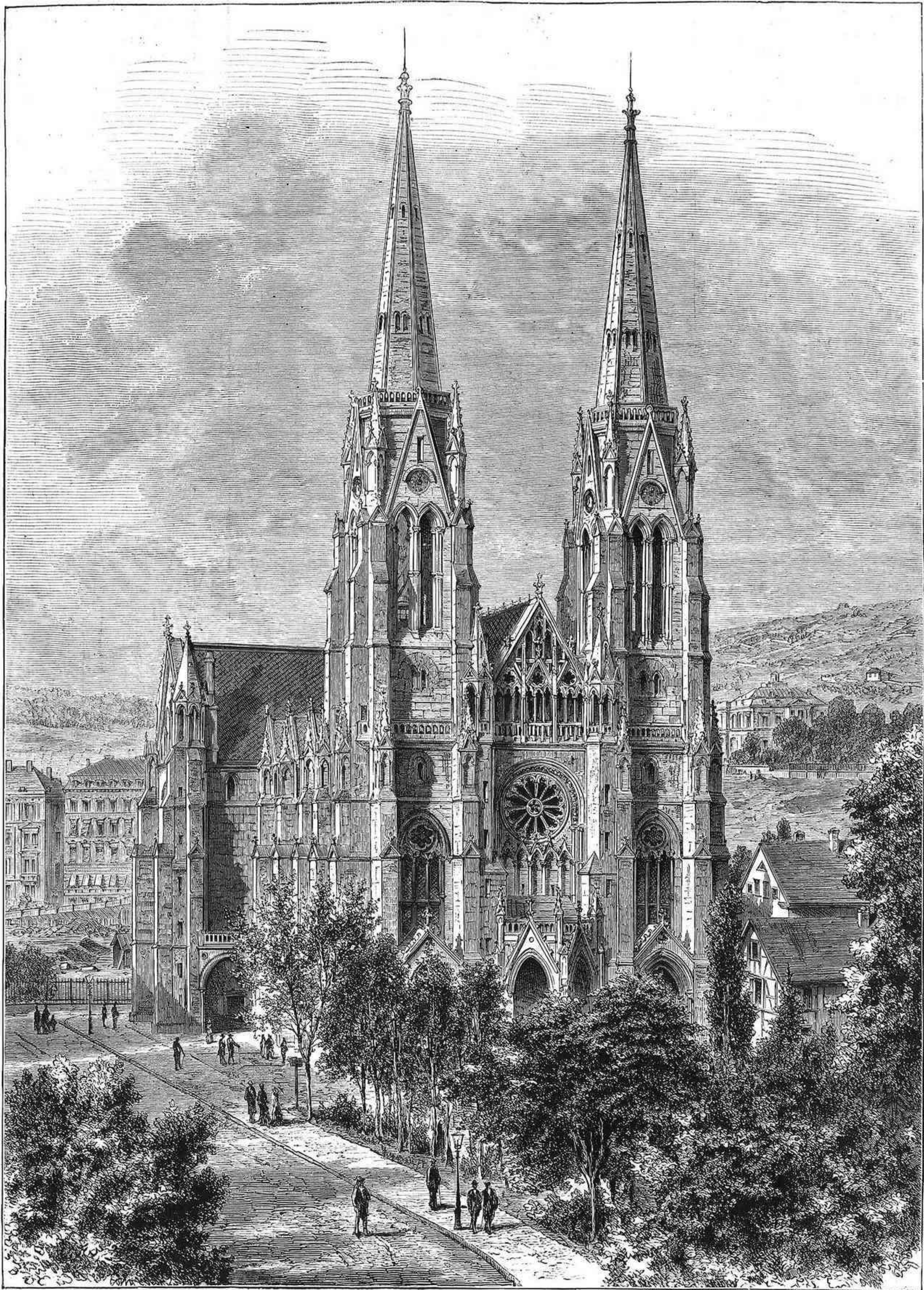
Contra el *statu quo* ó el equilibrio, que las diplomacias egoistas de individuos y pueblos defienden cual arca santa que guarda lo irritante de sus privilegios, al par que contra lo estático y tradicional va el impulso inicial é innovador de las energías, que fermentan hoy en la llamarada semi-genial de un visionario, despues en la inteligencia de un pensador, más tarde en la necesidad sentida urgentemente y por último en la idea que se hace carne, ó en la utopia que se convierte en realidad. Y en estas luchas fecundas, el tiempo es el tiempo, su virtud sucesiva queda indiferente, el molde vacío que el ritmo le impone continúa inalterable; pero interiormente, en lo intrínseco de sus momentos, en los profundos limbos de la eternidad, en el reverberar de los instantes de la duracion se agita y se mueve algo cualitativo, específico y propio, que toma carta de naturaleza en la vida, que pide plaza en la existencia, que solicita vivir, y que, ante las negativas persistentes de los intereses encontrados, termina por implantarse en la realidad, cuando no puede por virtud del decurso del tiempo, por esfuerzos gigantescos en un momento dado; que así se llaman tiempos genesiacos, minutos que valen siglos, siglos que son como minutos á diferentes instantes del tiempo, apreciando su valor, no por la duracion, sino por la intensidad de los esfuerzos en ellos cumplidos.

Ofrecen muchos de estos ejemplos (comprendidos por Hœckel bajo la denominacion genérica de *heteronomia*) todas aquellas sociedades que, estando fuera de la corriente histórica llegan á ella por medio de la colonizacion, asimilándose rápidamente los resultados de la cultura humana.

Pueblos como el norte-americano, que han huido cuidadosamente de la intoxicacion de la *virtus dormitiva* del tiempo, aunque han recogido y condensado con igual diligencia todos los adelantos en el tiempo ya realizados, han alcanzado un grado de desarrollo y progreso que maravilla, dada la corta existencia de su constitucion é independencia. No han pasado, no, por esta ruda labor de la vieja Europa, al constituir las nacionalidades; han recogido y aprovechado en enseñanzas fecundas los americanos toda la cultura ya obtenida por el continente y á partir de ese punto siguen su marcha majestuosa más que como aprendices como maestros y directores de los pueblos civilizados.

No necesita, pues, un pueblo, como tampoco necesita un individuo, cruzar las etapas ya recorridas por otros, sino que nuestra condicion perfectible rompe la inflexibilidad del tiempo y hace que sirva la historia hecha por un pueblo para todos los demás que se asimilan sus progresos; que no de otro modo se concibe la historia, en cuanto se la denomina *magistra vite*.

Lo mismo para el individuo que para la sociedad el tiempo pasado jamás vuelve. Y si á veces ante una consideracion superficial se repite con frecuencia que «al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solian ir,» jamás se cumple semejante fenómeno con exactitud rítmica, ántes bien, las que notamos como repeticiones de los mismos problemas ó sucesos se refieren á puntos sueltos, que se dejaron sin ligar y que se desea que engarcen en la complejísima urdimbre de la racionalidad de la vida. Así, por ejemplo, subsiste en los pueblos modernos el impulso revolucionario; pero con muy distinto sentido y alcance de aquel que tuvieron el 89 y el 93 Girondinos y Jacobinos en Francia. Hoy tocaria en los linderos de lo ridículo todo el que, haciendo profesion de revolucionario, tomara como símbolos consustanciales con su creencia el gorro frigio y la palabra sacramental de ciudadano ó aquel otro que, gustando sonar la destemplada caja de los truenos con una hueca y aparatosa demagogia, pidiera guillotinas, tribunales populares y otros excesos y zarandajas que fuera largo enumerar.



IGLESIA DE SANTA MARIA EN STUTTGART

Porque hora es ya de decirlo; ante el sentido de estos copistas de una tradición externa y oropelesca, proceda de la demagogia blanca ó dimane de la demagogia roja (que siempre coinciden en sus absurdos los extremos) es verdad la sentencia antigua: *Nihil novum sub sole*; pero sin negar lo indudable, también es cierto que individuos y pueblos, cuando se dan cuenta de la diferenciación creciente que implican la realidad y la historia, hallan que todo es nuevo bajo el sol, pues aún aquellos gérmenes y factores que, animados por el rescoldo y las cenizas de lo pasado, piden por segunda y aún tercera vez plaza en la

existencia, vienen acompañados de elementos positivos, que se le han agregado en el decurso del tiempo, y que antes les faltaban. Así fueron en su comienzo gérmenes prematuros y malogrados que se convierten después en frutos maduros y en sazón.

Lo que no es nuevo, lo que se repite es la inflexibilidad mecánica del tiempo y dentro de él las formas indiferentes de la sucesión; lo que goza de una eterna primavera y es siempre nuevo, fecundo, fértil é inagotable es la energía cualitativa y específica del ser temporal.

Puede por lo tanto, según la diversidad de aspectos

bajo la cual se considere, ser concebido el tiempo, en cuanto molde vacío con formas indiferentes de sucesión en ritmo inalterable, cual *virtus dormitiva* ó sucesiva sin cualidad intrínseca, ó bien ser concebido como molde lleno todo él por lo intrínseco y cualitativo de las energías individuales y colectivas, que dentro de él se agitan, en cuyo caso hay que reconocerle el carácter positivo de la *virtus activa*, el símbolo de toda entelequia y acción y la *sal regeneradora*, que conserva el movimiento y la vida del mundo.

U. GONZALEZ SERRANO

#### ADVERTENCIA IMPORTANTE

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros suscritores que en la próxima semana recibirán el anunciado y valioso regalo que tenemos ofrecido, ó sea una lámina de grandes dimensiones, copia del renombrado *Cristo de Velazquez*, cuyo original se conserva en el Museo Nacional de Pinturas de Madrid. Esta lámina, en cuya ejecución se ha venido ocupando hace tiempo uno de los primeros establecimientos litográficos de Europa, es la reproducción fiel y exactísima del célebre cuadro mencionado, llevada á cabo por un método nuevo y especial de fototipia, mediante el cual se han conservado escrupulosamente todas las líneas y tintas del original hasta en sus menores detalles. Nos lisonjamos pues con la creencia de que nuestros abonados verán en esta lámina un obsequio digno de ellos y otra prueba de nuestros desinteresados esfuerzos por continuar mereciendo su benevolencia.

Asimismo acompañaremos al próximo reparto una copia reducida del elegante marco mandado construir expresamente para dicha lámina, y que nuestro encargado especial en este ramo, D. Hermenegildo Miralles, Bailen, 70, podrá facilitar á los que lo soliciten.

Los suscritores á alguna de las demás obras que publica esta casa, que desearan adquirir un ejemplar del susodicho *Cristo de Velazquez*, podrán obtenerla, satisfaciendo por él la cantidad de 10 pesetas. A las personas no suscritas á ninguna de nuestras obras se les cederá asimismo al precio de 15 pesetas.